

en Babia y Lacia en el sentido de 'cercado hecho de varas' (pág. 330) = s a e p e s, demuestran que en *cieba*, *ciebu* debe haber intervenido otro elemento aún no esclarecido.

FRITZ KRÜGER

Universidad Nacional de Cuyo,
Mendoza (Argentina).

MAX LEOPOLD WAGNER, *Lingua e dialetti dell'America Spagnola*. Edizione "Le Lingue Estere", Firenze, 1949. 190 págs.

BERTIL MALMBERG, *L'espagnol dans le Nouveau Monde. Problème de linguistique générale*. Tirada aparte de *Studia Linguistica*, Lund, año I, 1947, nº 2 y año II, 1948, nº 1. 74 págs.

Max Leopold Wagner, el veterano maestro de filología románica, tan familiarizado con los problemas de lengua española, se propuso la tarea modesta y difícil de escribir sobre el castellano de América un librito de divulgación para el público italiano. Es probable que el lector profano pueda extraviarse entre la profusión de hechos particulares, detalles y materiales. Y quizá, en cambio, el filólogo profesional encuentre muchas valiosas observaciones sueltas.

Wagner abandona ahora —o atenúa muchísimo— el ferviente andalucismo de sus mocedades filológicas. Admite —con Pedro Henríquez Ureña— que el número de andaluces de los primeros tiempos de la colonización fué inferior al de castellanos (págs. 80-81), que el seseo y el yeísmo son en América desarrollos independientes de los de España (págs. 25, 26-27), que la aspiración de *s* es rasgo que llega a las provincias castellanas de Toledo y Ávila (pág. 81), y dice: "Será, pues, prudente no aventurarse en vagas hipótesis, sobre todo porque no estamos suficientemente informados de las condiciones fonéticas de todas las regiones españolas y americanas, y todavía no es posible delimitar exactamente las zonas de extensión de este o aquel fenómeno". Acepta, sin embargo, como conclusión una frase de Navarro Tomás: "Es un hecho que el oído español puede confundir a un hispanoamericano con un extremeño o un andaluz, pero no, por ejemplo, con un asturiano, castellano o aragonés".

Es lástima que no haya rectificado también otra vieja idea de su artículo de 1920: la de que el español de la época de la conquista era el preclásico, una lengua anterior en un siglo a la de los grandes escritores (Cervantes, Lope, Tirso, Alarcón, Quevedo, Calderón, Gracián, etc.), una lengua con impronta provincial (pág. 11). ¡Pero si la conquista y colonización de América son obra del siglo XVI, precisamente el siglo de oro, el de Garcilaso y Fray Luis, el de Cervantes, Lope, Quevedo! El error —muy general, por otra parte— consiste en tomar el año 1492 del descubrimiento como momento decisivo, cuando lo que importa es el período que va de 1520 a 1600, en el cual se constituye la sociedad americana. Tampoco hay que olvidar la constante afluencia de población española en los siglos XVII y XVIII. Wagner toma como piedra de toque de la comparación el judeoespañol, al que ha dedicado una

serie de valiosos estudios. Pero precisamente el judeoespañol (en este caso el año 1492 de la expulsión significa efectivamente una ruptura), con el viejo sistema de sibilantes casi intacto, con plena fisonomía preclásica, prueba que lo que se impuso en América es la lengua clásica del siglo xvi.

Pudo haber renunciado además a esas presuntas quince tendencias fonéticas del español americano que encuentra documentadas ya en la época preclásica (págs. 12-13), y que son tan clásicas y postclásicas como anteclásicas. Porque el cambio $e > i$ en *vistido*, *visino*, *lisió*n, *imperfisió*n, *siguro*, *sigún*, *sirvir*, *pidir*, *disir* no es una tendencia, sino amalgama de hechos aislados, cada uno de los cuales debe explicarse aparte, lo mismo que el cambio inverso $i > e$ en *rocear*, *copear* (se deben a razones morfológicas), *deligencia*, *devisar*, *melitar*, *prensipal*, *escrebir*, *vesita*. El cambio $o > u$ de *gurrión* no se debe a las mismas razones que el de *cuete*, *tuavia*, y tampoco son agrupables como cambio $u > o$ casos como *vergoenza*, *josticia*, *chobasco*. No puede ser una tendencia la pérdida de la *d* en *piazo*, *cuidao*, *alantre*, *no se iga*, y otra tendencia la *d* ultracorrecta de *vacido*, *tardido*, *bacalado*, *Estanislado*. Conviene siempre en nuestros estudios separar las tendencias de lo que es sólo casuística dialectal.

La parte morfológica y sintáctica, tan importante (pérdida de la persona VOSOTROS, *voseo*, los numerosos y variados hechos de analogía verbal), casi no está tratada, porque le han preocupado sobre todo los hechos aislados (*haiga*, *trujo*, etc.). No puede decirse que se encuentran huellas de voseo ya en el español antiguo. Algo más que huellas: voseo general desde el *Cid* hasta todo el siglo xvi.

En el terreno lexicográfico, aunque no estudia las tendencias generales, debemos agradecerle muchas observaciones finas, una preocupación por el sentido formativo, comparaciones valiosas, afán de ver lo unitario y lo divergente y de desentrañar el juego figurado y humorístico, la travesura verbal, el eufemismo. Se detiene en el tabú sexual, la etimología popular, la fraseología curiosa, las palabras escabrosas y el argot.

Una familiaridad más personal con el escenario americano le habría impedido tomar a veces lo limitado y local como general o barajar hechos procedentes de fuentes erróneas o incurrir en ciertos lapsos¹. Los

¹ Damos sólo algunos ejemplos: *atar* no es desusado (pág. 33) en ninguna parte —que sepamos—, aunque en algunas el habla familiar prefiera *amarrar*; *hoy cayó un invierno fuerte* (pág. 35) significa 'cayó un aguacero', al menos en Venezuela; *hule* hemos oído siempre para designar la tela en la Argentina, Venezuela, etc., y no *ahulado* (pág. 58), que no es general; Jorge Isaacs no es venezolano (pág. 60), sino colombiano, y el cumanaquito no era de Colombia (pág. 66), sino de Venezuela (como dice en la pág. 102); *runa simi*, nombre indígena del quechua, no significa 'lengua del pueblo' (pág. 62), sino 'lengua del hombre' (*runa* 'hombre'); el quechua no llegaba a Santiago del Estero en la época incaica (pág. 62), sino en la época colonial española, por trasplante de población y acción misionera; el origen araucano de *gaucho* no lo ha probado Lenz (pág. 66), y es más discutible que nunca; tampoco parece que *galpón* pueda venir del azteca *calpulli* (pág. 66); las lenguas indígenas de América no se pueden considerar originarias de una sola fuente (pág. 67), sino debidas a distintas migraciones prehistóricas; *tempóra* y *efigie* no sirven para ejemplificar la acentuación llana de la población de habla quechua (pág. 69), pues *tempóra* ¿qué significa? y *efigie* es tan

textos dialectales, que ocupan la mitad del libro, necesitan alguna rectificación: una parte de los "colombianismos" son evidentemente de Venezuela (lo indican, entre otros elementos, nombres geográficos como Barquisimeto, Parapara, Pao, Aroa, Achagua); la canción "boliviana" de Santa Cruz de la Sierra, con su mezcla de castellano literario y guaraní, es paraguaya; el texto ecuatoriano sólo ejemplifica, y no muy bien, el habla costeña; etc. Las notas explicativas de Wagner son a veces interesantes, pero los textos pueden dar una impresión falsa del habla general. Las páginas de conclusión (143-148) salvan afortunadamente ese posible error: "El fondo de la lengua es siempre el español popular, y la lengua de la cultura es el español literario; se han producido infiltraciones de indigenismos, se han olvidado muchas palabras de la lengua antigua y se han creado vocablos y derivados nuevos, pero la estructura de la lengua, es decir, el esqueleto morfológico, no ha cambiado. Variación no significa escisión. La característica del español de América se puede resumir en la siguiente definición: Variedad en la unidad y unidad en la diferenciación".

Bertil Malmberg, el joven y activo filólogo sueco, se ha planteado un tema concreto: abordar, a la luz del español de América, los problemas de sustrato y superestrato, tan importantes en lingüística general y comparada. Con muy buen acuerdo, empieza por describir los caracteres generales del español de América, pero al salirse del propósito inicial se pierde en la inmensidad de lo americano y en la variedad de sus proble-

llana como *efigie* y es un cultismo muy poco apropiado para el habla indígena; entre los países de fuerte porcentaje indígena no se puede hoy incluir a Colombia y Venezuela (pág. 80), que tendrán un uno o dos por ciento de indios (sí son de fuerte porcentaje mestizo); *casne*, *vendeslo*, *vesdolaga* de las Antillas no representa un cambio $r > s$ (pág. 101), sino una manera convencional de representar la aspiración de la *r*, y de ninguna manera se pueden atribuir a influencia africana; la *s* final no se aspira ni se pierde en todo el Ecuador (pág. 109), sino sólo en la costa, etc. Pero es sin duda en sus noticias sobre la Argentina donde se necesitan más rectificaciones, sin duda porque sus fuentes de información han sido muy deficientes: no se puede decir que el español de la Argentina está lleno de palabras del guaraní (pág. 65, lo explica porque Garay partió de Asunción para fundar Buenos Aires) y afirmar en seguida que la lengua popular de Chile y de los países del Río de la Plata pulula de araucanismos (pág. 66). Dice que por influencia del Brasil se ha dicho y se sigue diciendo *esclavatura* por *esclavitud* y *fregués* 'cliente' por *feligrés* (pág. 128, 129), y jamás hemos oído ninguna de las dos. Hay que mejorar también las noticias históricas sobre la Argentina: no se puede decir que la primera fundación de Buenos Aires fué abandonada porque los intereses comerciales españoles se concentraban en el Paraguay (algo contribuyó por lo menos la belicosidad de los indios) ni que Buenos Aires a fines del XVIII tenía unos 270,000 habitantes (pág. 128), cuando el padrón de Vértiz de 1778 arrojó 24,205 habitantes para la ciudad con su ejido, y en 1810 había llegado a unos 50,000 escasos. Da una idea falsa —aunque quiere ser un elogio— la observación de que Buenos Aires necesita correctores españoles para sus periódicos (pág. 145), porque alguna vez uno de los periódicos, con un celo purista especial, tuvo un corrector peninsular. Pero ni como parodia ni como caricatura del habla de Buenos Aires se puede tomar el pasaje de J. Víctor Tomey, enteramente falso ("no os vi limpio", "para que os reprenda", etc.), que Wagner recoge indirectamente del "hermoso libro" (así lo llama con inconmensurable generosidad) *Americanismos* de Miguel de Toro y Gisbert.

mas. Su bibliografía es abundante, y hasta excesiva, pero a veces se apretujan lo bueno, lo mediano y lo malo en promiscuidad igualitaria. Del viejo artículo de Wagner toma la idea de que la base del español americano es la lengua preclásica, cuando la literatura española —dice— era provincial, dialectal y rústica, sin tradiciones escritas y sin uniformidad (¡ni del siglo xv puede decirse eso!), la afirmación de que el yeísmo americano es un trasplante del español, documentado ya en la Edad Media (confusión con el viejo yeísmo *muller-muyer* en que había incurrido Wagner y del que ahora se retracta en vista de la nota de *BDH*, I, pág. 129) y en general la concepción andalucista, que él atenúa: en lugar de determinar el origen de los primeros pobladores le parece preferible determinar el de los primeros franciscanos y jesuitas y tomar en cuenta el papel de los puertos meridionales de España, sobre todo el de Sevilla. Cree así que el *ustedes* como tratamiento exclusivo de plural se debe a andalucismo, cosa realmente difícil ya que el *ustedes* andaluz (*ustedes tenéis*) no se da en ninguna parte de América.

Malmberg trata de sistematizar los hechos particulares dentro de grandes tendencias, afán muy loable, pero a veces peca por exceso. Así, entre los rasgos fonéticos del español de América encuentra la tendencia a la pérdida de la oposición entre fricativas labiales y velares (págs. 13-15). Engloba en esa tendencia dos hechos muy conocidos en dialectología peninsular y americana: 1) Las pronunciaciones *juí*, *juerza*, *juego*, 'fuego', *juera*, etc.; 2) Las pronunciaciones *güeno*, *güey*, *güevo*, *güeso*, *virgüela*, etc. Lo que da unidad a los dos hechos es la *w*, que es a la vez labial y velar (puede, según las regiones, y hasta en la misma región, reforzar su elemento velar o su elemento labial o bien absorber la consonante labial o velar que le precede). Pero los dos son heterogéneos, con historia y geografía distintas. Además, la alternancia *bue-güe* no es sólo de fricativas, sino también de oclusivas (*bueno-güeno*, *un buey-un güey*, etc.). Para hablar de pérdida de la oposición entre fricativas velares y labiales sería preciso que la *f* (labiodental o bilabial), la *j*, la *b* y la *g* se fundieran en un solo sonido, o tendieran a ello, y la verdad es que son cuatro sonidos con cuatro plenos valores fonológicos: en ninguna parte se confunde, que sepamos, *gajo-gafo*, *jarra-farra* ni *robar-rogar*, *llevar-llegar*.

Es lástima que la insuficiente familiaridad con la gramática histórica española y el conocimiento demasiado limitado de Hispanoamérica (un viaje a la Argentina y el Paraguay en 1946) le hayan impedido orientarse mejor entre sus fuentes bibliográficas y le hayan hecho caer en numerosas inexactitudes y errores. Sólo nos vamos a detener en dos cuestiones de criterio. Malmberg cree que el carácter lleísta o yeísta de una región depende del carácter culto o vulgar del español que se ha vuelto dominante en la sociedad en cuestión (pág. 10). No creemos que se pueda afirmar eso: las grandes sedes virreinales —Lima, México— son yeístas, como Madrid; las provincias argentinas de Corrientes, Catamarca, La Rioja, etc., son lleístas y no han sido colonizadas por sectores más cultos que el resto de la Argentina, incluyendo "la docta Córdoba", que es yeísta. El error procede de creer que el yeísmo lo trajeron los españoles, cuando es evidente desarrollo americano. Tampoco creemos

que el voseo sea piedra de toque del grado de vulgarismo de un dialecto hispanoamericano (pág. 51). Buenos Aires practica un voseo general, aun en las clases cultas, y conocemos regiones americanas de habla más vulgar que no conocen el voseo. Más concluyente puede ser el ejemplo de Venezuela: la zona andina (Mérida, Táchira y Trujillo), zona tradicionalista, la que conserva con mayor pureza el castellano y presume de hablarlo mejor, practica el voseo (como la meseta de Bogotá, también muy purista), y de ninguna manera tiene habla más vulgar que la zona de Barlovento, que lo desconoce. En Buenos Aires y toda la Argentina el voseo puede ser rasgo de popularismo (no de vulgarismo); en los Andes venezolanos, de espíritu conservador. También esa idea se debe a conocimiento incompleto de los orígenes del voseo (pág. 20): interpretando precipitadamente lo que dice Tiscornia, cree que se remonta a una tendencia española vulgar "de la que se encuentran manifestaciones en la poesía popular desde el comienzo del xvi y que ha dejado huellas en la conjugación de algunos dialectos peninsulares".

Pero el objeto del trabajo de Malmberg es el sustrato y el superestrato, la influencia indígena en el español de América y la influencia del español sobre las lenguas indígenas. Sus reflexiones personales están inspiradas —dice— en el artículo de Amado Alonso, *RFH*, III, 1941, págs. 209-217. Después de analizar las condiciones lingüísticas del Perú, Chile, el Paraguay y la Argentina, ve en el sustrato y en el superestrato fenómenos sociales o culturales y no biológicos, y llega a conclusiones muy moderadas: la influencia de las lenguas indígenas se ha ejercido sólo en ciertos territorios limitados donde las condiciones sociales lo han permitido; cuando más se profundiza en el estudio de los dialectos hispanoamericanos más se reduce el papel del sustrato; en consecuencia —dice—, hay que proceder con extrema prudencia en lo que concierne al sustrato céltico, ibérico, ilirio, etc., en la formación de las lenguas románicas y sólo cuando fracase toda tentativa para explicar los hechos románicos por las tendencias latinas o románicas comunes se podrá recurrir a la influencia del sustrato o del superestrato.

ÁNGEL ROSENBLAT

Universidad de Caracas.

M. TEIXEIRA-LEITE PENIDO, *O itinerário mystico de São João da Cruz*. Editora "Vozes", Ltda., Petrópolis, 1949. 252 págs.

El autor es catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de Río de Janeiro, y ha publicado en París valiosos estudios acerca del pensamiento de Bergson y de la filosofía religiosa. Uno de ellos, particularmente, llama la atención de la crítica literaria: el que trata del papel de la analogía en la teología dogmática. Sabido es cómo, en las construcciones teológicas, junto a la deducción coopera el raciocinio analógico, y en toda la literatura mística el recurso retórico de la metáfora. Pero el presente volumen no es obra de catedrático de filosofía, sino de hombre de religión a quien preocupan los destinos de las sociedades hu-